

VICENTE MULEIRO

1976

EL GOLPE CIVIL



Espejo de la Argentina  Planeta

1976  
EL GOLPE CIVIL

VICENTE MULEIRO

1976  
EL GOLPE CIVIL

*Una historia del mal en la Argentina*

Espejo de la Argentina  Planeta

Muleiro, Vicente  
1976 el golpe civil. - 1a ed. - Buenos Aires : Planeta, 2011.  
E-Book.  
  
ISBN 978-950-49-2655-9  
  
1. Historia Argentina. I. Título.  
CDD 982

© 2011, Vicente Muleiro

Derechos exclusivos de edición en castellano  
reservados para todo el mundo

© 2011, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta®

Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.

[www.editorialplaneta.com.ar](http://www.editorialplaneta.com.ar)

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Editorial Planeta

Ilustraciones de cubierta: Archivo Clarín. *Videla le toma juramento a José Alfredo Martínez de Hoz como nuevo Ministro de Economía el 31 de marzo de 1976*

Primera edición en formato digital: junio de 2011

Conversión a formato digital: Ebook Factory

[www.ebookfactory.org](http://www.ebookfactory.org)

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproduc-

ción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-2655-9

*Poner nombre a lo que nos destruye nos ayuda  
a defendernos.*

MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN

## Palabras preliminares

Acaso este libro comenzó a escribirse en 1997, cuando con María Seoane pusimos proa hacia *El Dictador. La historia secreta y pública de Jorge Rafael Videla* que publicamos en 2001. En el material de esa investigación el ámbito civil era mucho más que un obvio complemento del golpe de Estado: tanto su trama íntima como el objetivo de subordinar a la sociedad argentina por el terror formaban parte de viejos anhelos de los cuarteros de saco y corbata y del integrista católico que los bendecía. Había quedado pendiente la tarea de indagar más ese mundo, de indagarlo todo lo posible. Esta obra es el resultado de ese intento. Su factura fue atravesada por la tentación del texto infinito pues así parecían ser los caminos que se abrían. Siempre flotan deudas pendientes; por ejemplo, las redes cívico-militares de nuestras provincias, la microfísica autoritaria de los pueblos, un chequeo más para convertir en información una pista por la que nuestra intuición pide que nos juguemos. Esas sensaciones son inevitables en un trabajo de este tipo, tanto como la certeza de que cada capítulo guarda en sí mismo la posibilidad de un libro, algunos de los cuales ya se han comenzado a escribir y publicar.

1976, *El golpe civil* no hubiera podido concretarse sin la existencia de *El Dictador*, las páginas que siguen son tributarias de aquel ingente trabajo de campo y de escritura. Mi agradecimiento entonces a María Seoane, con quien seguimos compartiendo otras intromisiones en la historia presente. Este trabajo contó con la colaboración invaluable de mi hermano y colega Hugo Muleiro y de los colegas José Luis Cutello, Néstor Restivo, Lucas Miguel, Tomás Pont Vergés y Osvaldo Gallone. El capítulo sobre Papel Prensa fue elaborado sobre la base de un texto que prepara Jorge Mancinelli, quien remó entre las 22.000 fojas de la causa. Quiero agradecer además los aportes de Jorge Boccanera, Rogelio García Lupo, Marcelo Simón, Juan Bobbio, Marcos Martínez y Horacio Marmurek y los de otros que comprensiblemente han preferido no ser nombrados.

Es seguro que durante la investigación y escritura de 1976, *El golpe civil* he amarreteado tiempo a mis amores: a mi hijo Hernán, a mi mujer Silvia Schujer. Si en algo compensa, este libro es para ellos.

## INTRODUCCIÓN

# El combo militar-civil

Había olor a pólvora en el aire, gusto a plomo en la boca, hombros inclinados en el miedo y la resignación, cuando transcurría el mes de marzo de 1976.

Pero en ciertos espacios institucionales, en cuarteles, plazas de armas y oficinas de los uniformados, mandaba el ajeteo. Los ascensores de los comandos del Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea exigían a fondo sus poleas. De allí salían oficiales que imponían sus jinetas en conciliábulos, que bajaban órdenes terribles e inapelables mientras se agazapaban para el zarpazo mayor.

El golpe militar que derrocaría al gobierno constitucional de María Estela de Perón estaba cantado. Aunque en los despachos los legisladores del oficialismo peronista enhebraran sin ganas, resignados y por inercia, especulaciones sobre una salida salvadora, las bocas del Congreso expulsaban civiles cargados de paquetes. En el bloque radical tenían tal caracterización de la *manu militari* que se venía, que decidieron retirar el busto de Hipólito Yrigoyen por temor a que fueran humilladas hasta las estatuas.

El general de caballería Carlos C. Delía, uno de los pocos con perfil aristocrático y ascendencia entre la primera línea de la promoción militar golpista, que había jugado un papel clave para que Jorge Rafael Videla trepara a la comandancia del Ejército en 1975, se reunió con el inminente dictador ya en el umbral del cuartelazo y le dijo:

—Che, si esto se viene, ¿por qué ustedes no cambian ideas con el ámbito civil, por ejemplo con el CEA (Consejo Empresario Argentino), donde hay tipos brillantes?

Videla le respondió:

—No. No hay que comprometerse con nadie.

La frase seca, la mirada firme, convencieron a Delía de que la dictadura militar que se avecinaba se cerraría sobre sí como ninguna otra antes: no le regalaría la fachada pública a la mascarada fascista de José Félix Uriburu como en 1930; ni le cedería el poder fáctico al entreguismo de los sectores comerciales y agroexportadores como el fraudulento general Agustín P. Justo; tampoco le abriría paso al

nacionalismo contradictorio y variopinto a la manera de los generales Arturo Rawson y Pedro Pablo Ramírez, como en 1943, para que terminara derivando en un indigerible «populismo»; no caería en la falsedad de decir «ni vencedores ni vencidos» como en 1955; no se enfrascaría en una lucha interna entre azules y colorados como en 1962 mientras se escudaba en un civil patético como José María Guido; tampoco ensayaría un Estado corporativo para encubrir a los abogados de los monopolios como en 1966.

No.

El golpe, este golpe, sería plenamente militar, ciento por ciento militar, aunque el ecuestre general Delía no acertara a entender muy bien en qué consistiría eso. Pero sería militar, sí, porque Videla, el asceta insobornable, definido por el mismo Delía como el hombre «de la máxima dignidad» para encarar las responsabilidades del Estado, le había dicho:

—No. No hay que comprometerse con nadie.

Tres días después Delía se decepcionaba.

—Yo nunca hubiera contestado como me contestó Videla. Porque ahí nomás se arma la podrida y precisamente del CEA sale (José Alfredo) Martínez de Hoz como ministro-superministro. Sale como rey de la Economía.

Martínez de Hoz era el titular del CEA, grupo de la elite empresaria argentina constituido en 1967 para defender el libre mercado pero, a la vez, para presionar y exprimir al Estado con su poder de *lobby*. Tales empresarios habían sentido amenazada su tasa de ganancia y sus estatus patronales con la apertura política de 1973 y con una sociedad móvil y reclamante, en la que la guerrilla soñaba con asentarse para avanzar con su proyecto. Pero a esos hombres de negocios les preocupaba más, mucho más, la toma de conciencia de los sectores populares, la militancia fabril, la politización de los sectores medios, el sople fuerte de los discursos críticos en el ámbito cultural.

Al fin, lo que los complicaba era toda esa marea de movilización y de transformaciones en la dinámica política presente desde la resistencia tras la caída de Juan Domingo Perón en 1955, junto con los cuestionamientos al poder a escala nacional, continental y mundial que desbordaban desde la segunda posguerra. Esos cuestionamientos que mostraban sus dientes en las luchas anticolonialistas o en las rebeliones estudiantiles de los países centrales y periféricos y encontraban aquí sus representantes apasionados y sus formas propias, latinoamericanistas, peronistas, sindical-clasistas, democráticas, marxistas, cristianas. Eso sí hostigaba sus posiciones y eso era lo que había que decapitar masivamente.

A despecho de la prescindencia de los civiles anunciada por Videla, Martínez de Hoz era designado ministro de Economía para

desmantelar las —después de todo— módicas cuotas de modernización nacional. Lo que se aproximaba era el rediseño regresivo del país en su conjunto con un anclaje fundamental en la economía. Así definió el nuevo encuadre el investigador Eduardo Basualdo: «La estrategia dictatorial tuvo el propósito de interrumpir la expansión industrial para disolver las bases de la alianza vigente entre la clase trabajadora y la burguesía nacional y, al mismo tiempo, restablecer las relaciones de dominación en función de los intereses de los sectores dominantes que constituían su sustento económico y social».

¿Estábamos entonces ante el golpe más militar de la cadena de golpes militares del siglo XX argentino? Una primera lectura arroja una respuesta afirmativa: en cuanto a la ocupación de los estamentos del Estado por parte de la grey uniformada, sí. En cuanto a la masiva presencia territorial por una ferretería de corceles y de aceros, también. Si se extiende la mirada sobre la militarización de la vida pública, no caben dudas. Si se analiza el lenguaje cuartelero que atravesó la vida social a través de los medios de difusión, no hay más que hablar.

Pero, sobre todo si se repasa la represión, es posible reiterar el sí y firmar al pie. El ejército diurno copando todas las paradas de la vida civil y el nocturno serpenteando entre chupaderos para despellajar, torturar, matar, quemar, arrojar cadáveres en los vuelos de la muerte, apropiarse de niños y poner en movimiento la más eficaz y perversa máquina desaparecedora, presentan a las Fuerzas Armadas y de seguridad como un bloque monolítico y juramentado como jamás se había visto en la Argentina, aunque ya hubieran transcurrido las tres cuartas partes del siglo bajo una omnipresente custodia cuartelera, expresada de diferentes formas y precedida por cinco golpes de mano que las habían llevado al manejo directo del Estado.

Pero los golpes en la Argentina, desde 1930, o antes, desde diciembre de 1810, cuando un movimiento conservador decapitó al jacobinismo en el primer gobierno patrio, concluían siempre deshinchados y finalmente vencidos por las pujas internas. Había una experiencia muy cercana: la grandilocuente Revolución Argentina, encabezada por el general Juan Carlos Onganía en 1966, se había derrumbado entre las pujas de nacionalistas y liberales a partir de disensos que no le permitieron enfrentar con eficacia la extendida rebelión social.

Era siempre la misma revulsión colorida: los verdes del Ejército; los blancos y azules de la Marina; los indefinidos gris-celestes de la Fuerza Aérea. Todos pispeándose de reojo. Y hacia adentro de cada fuerza —sobre todo en el Ejército— la altivez de la caballería versus la presunta rusticidad de los infantes.

No sería así esta vez.

No sería así el Proceso de Reorganización Nacional. El Equipo Compatibilizador Interfuerzas se había formado en diciembre de 1975, con el golpe ya decidido y fechado, precisamente para desdibujar esas tensiones de otrora.

El poder se repartiría en el 33 por ciento para cada fuerza. Por encima del mismísimo presidente de facto (Jorge Rafael Videla) mandaría una Junta Militar aunque Videla retendría la jefatura de Ejército, Emilio Eduardo Massera encabezaría la Armada y Orlando Ramón Agosti la Fuerza Aérea. Esa organización tripartita sería el órgano supremo del Estado.

El 33 por ciento para cada fuerza bajó y serpenteó por todos los ministerios, secretarías y subsecretarías. El jefe de los marinos, Massera, el que menos podía disimular en público y en privado su regusto por el poder cercano, fue el principal diseñador del revoleo tripartito de cargos. No importaba que en 1976 el Ejército tuviera 80.000 hombres, la Armada 30.000 y la Fuerza Aérea 18.000. La repartición en tercios era una ley para evitar que el peso de un caudillo omnipresente y su posterior debilitamiento arruinaran el proyecto de poder. También para algo más decisivo: que nadie se quedara afuera de un pacto de silencio criminal. Que todos y cada uno, en su medida, limpiaran y ocultaran esas manchas de sangre que marcarían a los establecimientos militares y las cuevas del terror que quedarían bajo su control operativo.

Esa parcelación del poder sería luego acremente objetada: ¿cómo el Ejército se permitía dejarse llevar de las narices por un jefe marinerero ambicioso a quien, estaba claro, no le hacía falta comer espinaca para arrancarles concesiones a los Brutus de verde? Pero la tripartición del poder fue un hecho ofrecido al altar de esas verdades celestiales que Videla repicaba: la sacrosanta «unidad de las Fuerzas Armadas». Cuando la trifásica presencia debió compartir espacios en un mismo ámbito saltaron aún las señas jocosas del error: los muchachos se pelearon hasta por las gomas de borrar y las cajitas de clips, prolegómeno de peleas por otras cajas más abultadas.

Pero puestos en marcha los motores del golpismo, la mentada unidad de las tres fuerzas se estampó con un lacre de sangre coagulada. El embajador norteamericano en el país, Robert Hill, se exaltaba en un memorándum interno con destino a su Departamento de Estado: «La posición de los Estados Unidos: Éste debe ser el golpe más civilizado y mejor planeado de la historia argentina».

## *Juego de colores*

Por entonces estaba muy claro que a la civilización de los países periféricos la ordenaban los militares en línea directa con el Pentá-

gono. Si no era así, a esa civilización se le colgaba el cartel de anarquía, caos, totalitarismo. Y el Ejército que comandaba Videla desde 1975, si para algo se mostraba apto, era para civilizar con las armas en la mano. En términos políticos, ese Ejército —incontrovertible punta de lanza de todos los cuartelazos y de la ideología castrense en su conjunto— era igual a sí mismo pero se sucedía en otros términos. Tras derrocar al peronismo en 1955 había triunfado el ala más liberal, encabezada por Pedro Eugenio Aramburu, sobre el clericalismo nacionalista que expresaba Eduardo Lonardi, pero las zonas grises entre ambos bandos no resultaban menores. En la era posperonista un grupo de oficiales superiores fuertes, entre los que se contaban Alejandro Agustín Lanusse, Alcides López Aufranc, Osiris Villegas y Julio Alsogaray, habían reinado cuarteles adentro y protagonizado la vida pública mientras se sucedieron los golpes de 1962 (contra el desarrollista Arturo Frondizi) y de 1966 (contra el radical Arturo Umberto Illia), que habían triunfado en elecciones (1958 y 1962) vaciadas de legitimidad por la proscripción del peronismo. Aquellos oficialotes sacapecho eran, por ascendencia en la tropa y voluntad política, «los leones».

Testimonios de generales ideológicamente tan distantes entre sí, como Horacio Ballester (que integra el Centro de Militares para la Democracia, CEMIDA) y el mismo López Aufranc —golpista sempiterno, anticomunista fervoroso, represor entusiasta— coincidieron en que «los leones» situados claramente a la derecha del espectro político pero con serias diferencias a la hora de buscar fórmulas en pos de un país gobernable, ahogaron a las promociones siguientes de oficiales superiores, decapitaron el disenso y pasaron a retiro o a disponibilidad a todo aquel que asomara con discursos «populistas» o que objetara el alineamiento sin matices con las potencias hegemónicas, sobre todo con Estados Unidos. Nadie debía hacerles sombra. Detrás de «los leones» sólo quedaron en pie los «mansos», acostumbrados a bajar la cabeza ante las voces cuarteleras y atronadoras de sus jefes. El general retirado Ballester fue quien expresó un asombro que más adelante explicaremos: «Cuando esos mansos llegaron a su vez al generalato no quisieron que nadie les complicara la vida con posturas críticas. A partir del '76 esos mansos, como Videla, son los que dejan actuar a los locos represivos como (Alfredo) Astiz o como el coronel (Roberto) Roualdés».

La promoción '73 del Colegio Militar de la Nación, de la que Videla había egresado en el sexto lugar con un promedio de 8,61 junto con su dilecto Roberto Eduardo Viola y con Guillermo Suárez Mason, había ascendido por el escalafón militar entre esas ráfagas cruzadas de pasión política, bajo las que se movió en zigzag como táctica de supervivencia. Ese instinto de conservación no preservó a esta camada de las líneas ideológicas dominantes. El derrocamiento

del gobierno de Juan Domingo Perón en 1955 había acentuado el sesgo conservador y antiobrero de las Fuerzas Armadas. Tras el desiderátum occidental y cristiano de combatir al comunismo, los mandamientos se ampliaban a sus variantes locales: hacer tabla rasa con el peronismo y con toda forma de gobierno que, según un tribunal tácito proveniente de los mismos hombres de armas, pudiera ser tildado como «totalitarismo».

Pero en las Fuerzas Armadas y, sobre todo, en el Ejército, por el que evolucionaban grado a grado Videla y su futuros cómplices dictatoriales, había quedado flotando el espíritu deliberativo gestado en la conspiración antiperonista. No se trataba de una fuerza monocolor. Con origen en la variedad cromática de los juegos bélicos y las maniobras militares se distinguieron dos bandos: los azules y los colorados. Estos últimos se proponían por sobre todas las cosas asfixiar al peronismo hasta llevarlo a su muerte política y desbaratar las organizaciones sindicales. Las estructuras laborales, con sus redes de defensa legal, salud, esparcimiento y deportes tenían para ellos un valor y una cualidad ponzoñosa que enfermaría a todo el cuerpo social. Para extirpar el veneno el precio era suspender toda variante de institucionalidad y estaban dispuestos a pagarlo. Cultivaban un constitucionalismo hipócrita e imposible: la Carta Magna volvería a cobrar vigencia plena cuando el país estuviera a salvo de toda posibilidad de representación popular.

No menos restrictivos con respecto a los derechos laborales resultaban los azules, que sin embargo conservaban la aspiración a un cauce institucional, algunos aun con el sueño de un «peronismo blanco», un símil de «buen salvaje» que les permitiera aceptar a las masas peronistas dentro de una simulación democrática, sobre todo como multitudinarias proveedoras de votos.

Las líneas grises, las amistades, la frecuentación social y hasta los cruces de parentesco desmienten esa puja colorida como estrictamente binaria. Sin embargo, la división alcanzó para que se sucedieran asonadas militares, movimientos tácticos sobre la superficie de un país que los miraba impávidos y que se hubiera divertido como si se tratara de jocosas y simuladas luchas de catch, de no ser porque entre las víctimas de esos alardes bélicos había soldados veinteañeros que cumplían el servicio militar obligatorio en algún cuartel regentado por cierto coronel que se había dormido colorado y despertado azul.

De ese desconcierto daría cuenta el mismo Videla en el primer reportaje concedido para el libro *El Dictador*: «Azules y colorados eran como una entealequia. Es muy difícil explicar qué era una cosa y qué era la otra, y cuál era la diferencia. ¡Yo tenía íntimos amigos que estaban en otro bando y pensaban igual que yo! Podría decir que en parte era una cuestión de armas, y que yo era colorado porque

la Infantería lo era, mientras la Caballería era azul. Hay quien dice que lo que realmente estaba en juego era dirimir la supremacía entre las armas para ver quién iba a heredar a Frondizi. No puedo explicar por qué yo era colorado. Quizá puedo decir porque era infante o porque éramos más antiperonistas. ¿Pero es esto cierto? ¿Y Lanusse entonces? ¿Había alguno más antiperonista que Lanusse? Después está el tema de que unos eran más trenceros que otros... distintas explicaciones, en fin.»

La pobreza conceptual de Videla no sólo da cuenta de su sempiterna incapacidad de complejizar los fenómenos políticos. Ilustra también una hibridez y una mixtura ideológica castrense que tendrá su expresión en las alturas del poder asaltado. Juan Carlos Onganía, el dictador de la Revolución Argentina de 1966, era azul por su expreso nacionalismo católico, pero cerró su política económica como un colorado, poblando su elenco de neoliberales ligados al sector externo. Su noqueador y sucesor, el teniente general de caballería Alejandro Agustín Lanusse, era un colorado de pura cepa, que había estado preso tras participar de una rebelión militar contra Perón en 1951, pero en los 70 devino legalista y debió enfrentarse a quienes se oponían al más mínimo atisbo de salida política.

El Ejército y las Fuerzas Armadas que heredan y realimentan los protagonistas del Proceso de Reorganización Nacional cocinan su guiso crepitante entre los ejes y los desvíos de aquellas dos grandes líneas. Los grupos y subgrupos hacen metástasis en el marco de una mecánica típicamente cuartelera donde el sistema de lealtades juega fuerte como en toda organización militar. Como lo señala Alain Rouquié, los núcleos ideológicos no siempre obedecen a convicciones, proyectos o doctrinas sino que, en gran parte, derivan de una pura oposición ante la incomodidad de un país móvil en el que «las clases subalternas» habían comenzado a tener rostro en las calles y unos pesos en el bolsillo como beneficiarios de una mayor participación en la renta durante el peronismo, cuando les cupo el 53 por ciento de la torta nacional. Gran parte del espectro militar, al menos entre la oficialidad superior, coincidía sí en la imperiosa necesidad de «desperonizar» la política, y sus cabezas más calenturientas imaginaban esa peronización popular como la puerta de entrada al comunismo.

### *Enemigos por todas partes*

Para que el procesismo derivara en un sancocho sangriento otras especies concurren a condimentar la formación cuartelera, una en especial: la Doctrina de Seguridad Nacional, surgida en Estados Unidos en el marco de la Guerra Fría que ya había sido aceptada e

introducida por el onganíato. En ella se demonizaba a la figura del «enemigo interno», se adjudicaba a los ejércitos de Latinoamérica la misión de mantener el orden fronteras adentro de cada país y se inficionaba en las Fuerzas Armadas la idea de ser el último baluarte moral de cada país y de la región en pos de que el bloque occidental saliera victorioso de una sorda Tercera Guerra Mundial.

El avance de la ideología represiva venía a completar las instrucciones de los militares franceses que a partir de 1958 —los primeros contactos se habían formalizado en 1957— comenzaron a traspasar a sus pares argentinos el *know-how* de las más sofisticadas variantes de la tortura para obtener información de la insurgencia anticolonialista, algo que habían practicado pavorosamente en Argelia. La Escuela de las Américas, con sede en Panamá, cuartel de formación práctica de la Doctrina de Seguridad Nacional, perfeccionó el repertorio del terror mientras la revolución cubana se asentaba como un referente peligroso y cercano y las desventuras estadounidenses en Vietnam eran expuestas a la faz del mundo.

Al nacionalismo clerical, preconiliar y antisemita, al Ejército de raigambre prusiana, a los liberales que pretendían hacer valer sus jinetas para morder las ganancias de las multinacionales, estas variantes de la escena internacional les calzaron como un guante. Un enjundioso general, Guillermo Osiris Villegas, le ponía su plus altisonante a la cruzada mentando un «enemigo oculto» que compraba ideología extranjera y hasta era capaz de desnaturalizar el malambo en manos del rock naciente. De la sacrosanta lucha contra el comunismo y los «enemigos de la libertad» se pasaba al objetivo verdadero: obstruir y licuar a los sindicatos, a los medios de difusión, a las universidades, a los partidos políticos, a la cultura, con una «guerra permanente» que también empaquetaba bajo el mismo moño al psicoanálisis, a la minifalda, a las temibles transgresiones del lunfardo y hasta algún melancólico bordoneo que hablara de quejas y desagavios.

Los hombres de armas que desembocan en el plan criminal del '76 ascienden al podio de la oficialidad superior acorazados ante una sociedad reclamante y dinámica y un odio cerril al cambio, aunque utilizaran el desarrollo capitalista como horizonte de modernización.

El Ejército envasaba en sus filas predominantes todo el espectro de las ideas literalmente reaccionarias. La Armada había sido puntal del antiperonismo beligerante. Sus humores la acercaron a los colorados. La Fuerza Aérea, contaminada por civiles ultramontanos que impartían clases en los claustros militares como Jordán Bruno Genta, rimaba más su ideología con el nacionalismo católico, algo que la hacía aparecer más cercana a los azules. Ni el pretendido *charme*